

SU ORIPCIÓNES:
PAGO ANTICIPADO)

En toda España. Ptas. 1'25
Número suelto. » 0'05
Id. atrasado » 0'10

EL LIBERAL PALMESANO

DIARIO LIBERAL DINÁSTICO ILUSTRADO

Edición de la tarde para Palma

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
S. Pedro Nolasco, 7

DIRECCIÓN TELEGRÁFICA:
LIBERAL—PALMA

Anuncios y suscripciones
al Administrador, Corres-
pondentes y en las principales
Agencias.

CONFERENCIA

pronunciada en la Asociación de la Prensa por el

EXCMO. SR. D. ANTONIO MAURA

el día 22 de Marzo de 1897

sobre el tema: «La opinión pública y el problema cubano»

Podría, señores, fingir la cortesía de que he buscado asunto en el centro de vuestras preocupaciones, que son las de todos, para más fácilmente obtener vuestra benévola atención; pero no sería sincero. Muda la tribuna parlamentaria, honrada con la invitación de esta Sociedad para hablaros desde esta tribuna que tiene el poderoso tornavoz de aquella, crearía que desertaba de los deberes y del lugar que me señalan los antecedentes, si, dirigiéndome al público, dejara de hablar de lo que es en todos los corazones la preocupación principal, por no decir la angustia suprema. *(Muy bien, muy bien.)*

No he tenido ni tengo influencia sobre el curso de los sucesos, contrario siempre a mis convicciones; no pretendo tenerla sobre la opinión de mi país; pero me siento obligado a decirle ingenuamente y en alta voz mi pensamiento, como lo he dicho en todas ocasiones; que en esto de informar a la opinión, aun los que yerran, sirven al bien público, pues dan ocasión para la enmienda y para que la voluntad repudie aquello que repugne. No puede ser obligatorio el acierto, porque no tenemos la infalibilidad; pero es obligada la sinceridad en la vida pública.

La opinión, la opinión es señora de los destinos de todas las naciones, cualquiera que sea su constitución política: variarían los intérpretes y servidores, pero ella manda. Ella manda, ya que no en las minucias cotidianas, en estos asuntos magnos, que, no solamente deciden la suerte de las generaciones actuales, sino que entrañan toda la tradición, la herencia de los mayores y toda la deuda que tenemos para con los venideros; que tal es para España el asunto cubano. *(Muy bien.)*

Pero donde hay partidos políticos y Gobiernos de Gabinete, ¡ah!, importa examinar cómo la opinión ha de influir en el Gobierno, cuál es su oficio y cuál es el oficio de los partidos políticos.

Los partidos tienen que nutrirse con la opinión: tienen que recoger del seno de la sociedad las aspiraciones populares, reunir y concordar las afecciones, contraponer las que sean antitéticas, domar las exigencias irrealizables y evitar que los arrebatos transitorios causen estado y lleguen a romper la continuidad de la vida nacional. Tienen que educar, templar y dirigir la opinión que les vivifica, con el consejo que enseña lo pasado y con las advertencias y previsiones de lo venidero. De manera, que la opinión no ha de pasar por ellos como pasa el agua por un cauce, sino como pasa la sangre por los pulmones del cuerpo humano, donde se regenera para la salud del cuerpo social. Tienen, pues, la opinión y la voluntad pública una misión, y tienen otra misión los partidos. Partidos que no se nutren de la opinión, ó partidos que omiten aquella parte de influjo, de dirección ó de energía que sus grandes autoridades han de ejercer sobre la voluntad colectiva, no merecen el nombre de tales, ni son dignos de ocupar el poder ni de retenerlo. *(Muy bien.)* No es un partido turno de operarios que se relevan cada ocho horas para coger los maubrios y los azadones que dejan los que van al descanso. No son los partidos tandas de comensales, porque no basta el refectorio; no son los partidos marinería que espera en el depósito de un gran puerto buque que en la contrate, dispuesta a zarpas lo mismo para el Ecuador que para el Polo. *(Muy bien, muy bien.)* Partidos que no sepan donde van, que no tengan convicción firme, programa definido, solución concreta para las públicas necesidades en cada trance de la vida nacional, serán grupos de personas, manadas de aspirantes más ó menos famélicos; no son verdaderos partidos políticos, servidores de la Patria, ni en el Gobierno, ni fuera del Gobierno. *(Aplausos.)*

Pues en el gran problema cubano y frente al magno problema cubano, hay que decir en justicia, que la Nación española, que la opinión pública española, que la voluntad del pueblo español, han hecho todo cuanto de ellas podían hacer, todo cuanto de ellas era lícito demandar.

Vemos á examinar si puede decirse otro tanto de los órganos mediante los cuales esos esfuerzos y esas voluntades habrán de alcanzar sus fines.

Con respeto siempre, porque habrá pocos que admiren con más sinceridad que yo sus altas cualidades personales, pero con acierto, léi que el jefe ilustre del partido conservador había dicho a las mayorías parlamentarias de su partido, cuando se iban á reunir las actuales Cortes, que ante un asunto de tal magnitud como el asunto antillano, entendía que no le tocaba al Gobierno traer el dictamen; que en trances tales el pueblo mismo ha-

bía de ser su Ministro y su hombre de Estado; lo cual, naturalmente, no quería significar, no podía significarlo en aquellos labios, que el Gobierno renunciaba á hacer una obra contraria á la voluntad nacional, porque sería ocioso decirlo, no pudiendo intentarlo y faltando siempre fuerzas para cumplirlo. Significaba, según ha demostrado el suceso, que el partido conservador se colocaba inerte al servicio de los impulsos populares, que se entregaba, suelto el timón, á la voluntad y al vaivén de la opinión pública.

Y, en efecto; la opinión pública, ¿qué dijo? ¿Qué había dicho ya? La opinión pública ha dicho con unanimidad absoluta y con vehemencia heroica, que la Nación quiere conservar la integridad de su ser, que no quiere España ser mutilada, que quiere permanecer la misma nacionalidad que ha forjado la historia, una personalidad de la cual es parte vitalísima la isla de Cuba, y esto es lo único que se podía preguntar á la opinión, que ha declarado con obras su designio y ha escrito con sangre que no regateaba los recursos, ni los hombres, ni el dinero. *(Aprobación.)*

¿A la voluntad difusa, á la muchedumbre, no se le podía preguntar más; no era de su incumbencia analizar un problema tan complejo, no era de su incumbencia convertir los medios que la Nación apuntaba en eficaces soluciones para lograr el fin que la Patria tenía encomendado á sus gobernantes. ¿Cómo había de delegarse esto en la opinión pública de España, cuya historia moderna tiene, sí, hondos surcos trazados por las facciones, pero muy pocas fábricas levantadas por la labor asidua é inteligente de los partidos? *(Muy bien, muy bien.)*

¿Cómo se había de preguntar á las multitudes la manera de convertir los recursos en soluciones, tratándose de asuntos antillanos, si á causa del error tradicional, gravísimo por sus consecuencias, de haber tenido en Cuba partidos locales separados de los partidos de la Península, no existió nunca la comunicación, la penetración, ni noticia siquiera de los anhelos de aquel pueblo y de este pueblo? Todavía mayor obstáculo era el otro error de haber establecido como distintivo entre los partidos locales el grado de adhesión á la madre Patria, el deber primero de todo ciudadano, la lealtad; es decir, aquello que separa á los ciudadanos de los delinquentes. Efecto inevitable de este enorme error, fué que la poca información verídica, venía parcial, venía interesada. *(Muy bien, muy bien.)*

Y menos que nunca se podrían exigir á la opinión popular soluciones concretas, cuando había ya estallado la rebelión; porque la rebelión había de levantar en el ánimo de la multitud sentimientos nobilísimos, exaltando los corazones y ofuscando la serenidad de la reflexión y el consejo de la prudencia; había de avivar recelos tradicionales, desgraciadamente no caprichosos, en el ánimo de un pueblo que al otro lado del Atlántico no puede divisar con claridad donde acaban los patriotas fervorosos y empiezan los adictos convencidos, y siguen los tibios, y más allá los desafectos, y luego los separatistas y los laborantes y los rebeldes. *(Muy bien.)* Y en esta confusión y en esta penumbra, el recelo delante del hecho de la insurrección, repetida por causas que él no ha comprendido, á cuya generación no ha podido asistir, había por fuerza de extraviar el juicio público y demandar más que nunca el consejo, la autoridad y la dirección de las grandes personalificaciones de la política. *(Grandes muestras de aprobación.)*

Ante la guerra no podía surgir del seno de la sociedad otro grito que el de contestar con la guerra; no podía esperarse otra cosa de las clases populares, de los que despiden á los soldados; y también en esa institución, que sólo en abstracto puede mirarse separada de la Nación misma en el Ejército, por el propio amor profesional y por el propio entusiasmo de su vocación, había la propensión innata á avocar á sí el asunto entero y reclamar el íntegro desgraviado de nuestra soberanía y de nuestro derecho. De manera que renunciar el partido conservador ó renunciar el Gobierno de ese partido á la dirección de la opinión pública, era igual que ponerse al servicio de lo que la población única mente había de proclamar: la guerra con la guerra. *(Aprobación.)*

Y tuvo la guerra con la guerra solución clara, como la quieren las muchedumbres; solución sencilla, además solución gallarda, como las quiere el pueblo español en todo caso; tuvo muchísimo séquito y muchísimos adeptos, y en este séquito iba

el Gobierno. ¡Ah! Los que no fuimos en él, ¡qué en balde dábamos razones y queríamos hablar! Todos lo recordáis; era inútil nuestro intento, porque no había lugar para que unos vituperios dejaran plaza á los otros... ¡Y se fué á la guerra con la guerra!

¿Por qué no fuimos á eso, los que no fuimos? Para mí, el problema cubano era un problema muy complejo antes de la insurrección, y la insurrección vino á complicarle más; y como era un problema muy complejo, nunca pude ir yo tras de quien creyese que se resolvía con sólo una acción diplomática ó con sólo una acción política de reformas administrativas ó económicas, ó con sólo la acción militar. Para mí, antes y después de la guerra, toda la dificultad y toda la clave de la política de España en Cuba, ha consistido y consiste en esto: España quiere á todo trance que Cuba forme parte de su nacionalidad; España necesita querer que Cuba quiera estar en la nacionalidad española; no puede, no debe mantener su soberanía en Cuba por la fuerza de las armas como régimen normal, sino ha de considerar que la única solución definitiva y la única soberanía duradera y estable, es aquella que se asiente sobre la voluntad del pueblo cubano. *(Aplausos.)* Y esto, esto que he dicho yo tantas veces, siempre que he hablado de estos asuntos, esto no puede tener más que una contradicción: la de aquellos que delante de la pertinacia de la labor separatista, delante del estrago de una guerra tras otra, crean que eso que yo digo es un sueño candoroso y un ideal inasequible. ¡Ah! Pero como esos tienen un concepto fundamentalmente opuesto al mío, yo con ellos no puedo dialogar; yo no tengo con ellos punto de contacto. Si acaso, les preguntaría con qué fuerzas y con qué recursos, no les preguntaría con qué derecho, iban á sostener perpetuamente la ocupación militar y la dominación forzosa en la isla de Cuba. Y si á eso no me contestaban satisfactoriamente, les remitiría á que ante Dios y ante su conciencia examinasen cuál era el fin con que España había enviado á Cuba 200.000 hombres, y resolviesen, allá á solas, si era proporcionado el designio con el esfuerzo. *(Aprobación.)*

Para mí ese problema jamás puede plantearse; porque yo he creído siempre, como creo ahora, que toda la dificultad que tenemos en Cuba es artificial, que ni por razón de los intereses, ni por razón de la raza, ni por la civilización, ni por atracciones que ejerzan sobre Cuba otras unidades históricas, es posible que tenga Cuba solución alguna que no sea la desesperación y el suicidio, fuera de la soberanía de España. *(Aplausos.)* Yo he creído siempre que no hay otra violación de la ley natural que el separatismo cubano. *(Aplausos.)* y que no es sino la obra de salvar los propios destinos y la ventura de Cuba, la que realiza á costa de tanto sangre la magnánima nación española. *(Grandes aplausos.)* Y porque creo esto, á mí nunca me parecen grandes los sacrificios, porque creo que una generación entera y diez generaciones estarían obligadas á morir, con tal de conservar la integridad del ser que ha engendrado la Historia, y cuyo mantenimiento es deuda de honor para con los venideros. *(Aplausos.)*

Lo que hay es que yo no creo que ese sea el camino; lo que hay es que yo no creo que ese sea el medio eficaz de lograr el fin, de cumplir el mandato de la voluntad nacional; y os he de decir por qué. Un ejército de cientos de miles de hombres... y ¿con quién va á luchar ese ejército? ¿Dónde está el enemigo proporcionado á ese ejército? ¿Qué objetivo tiene la presencia de ese ejército en la isla de Cuba? Porque yo en la isla de Cuba, aun en el apogeo de la insurrección, he visto hostilidad salvaje, anónima, acéfala, irresponsable, harapiente, que no tiene bandera que humillar, que no tiene honor que guardar, que no tiene sitio que defender, que no tala más tierra que la nuestra, que no arruina sino nuestra riqueza, que carece de personalidad, nombre y apellido... y ¿puede ser caso de honor ir con esos á un torneo? *(Prolongados aplausos.)*

Lo que hay en Cuba es un paludismo físico que diezma vuestros ejércitos y un paludismo moral que engendra recelos fratricidas. Tenemos allí enemigos dispersos, hostilidades difusas, favorecidas por el clima, para quienes suele la fuga valer más que la victoria. Contra tales enemigos no debió parecer acertado el envío de un formidable ejército, al cual faltaban, según demostraban crueles experiencias, ocasiones en que mostrar su bizarría los soldados y su acierto los caudillos; porque no hay brillantes victorias sin grandes batallas, y debió el Gobierno preocuparse de la repercusión ne-

ral, del regreso de ese ejército sin proporcionados laureles. *(Muestras de aprobación.)*

Cualquiera que fuese el objetivo del ejército en Cuba, ¿no tenía el Gobierno de la Nación española la obligación sagrada, por fácil que pareciese de todas fuertes la victoria ó el resultado que con el envío de las fuerzas se buscara, de procurarlo con el menor sacrificio posible?

Alguna vez me ha parecido que el mandato de la Nación se traducía de manera que el Gobierno se creía llamado, no precisamente á dominar la insurrección cubana á todo trance, sino á enviar muchos soldados y muchos recursos á Cuba, declinando toda responsabilidad por los resultados, como si la Nación no hubiera querido salvar su integridad á toda costa, sino extremar gallardamente los sacrificios, aunque no se salvase la integridad. *(Risas.)* ¿Hay alguien en entre nosotros, que tenemos en el alma tantas cicatrices por las discordias civiles, hay alguien que pueda contradecir la influencia que en el término de la lucha ejercen el ambiente popular, la actitud de los neutros, el aire de los hogares, la acogida que los rebeldes y los leales encuentran, allí en los poblados y los bohíos, aquí en las aldeas y en los cerros? Pues, ¿qué significa dejar para después de la guerra todos los resortes políticos, capaces de influir en el ánimo de las muchedumbres que no estaban armadas?

Claro: había prevalecido la voz popular; no había que pensar sino en la guerra; no era siquiera decoroso emplear otra cosa que la guerra contra la insurrección; y vuelta la espalda á todo resorte moral y todo influjo político no se advertía que con los antecedentes que la insurrección tenía, tras de la porfía por las reformas y por la iniciación de una nueva dirección política, el abandono de esta rectificación y de las reformas implicaba una decepción para muchos, un arma de propaganda terrible en manos de los enemigos de la Patria. No hubo reparo, por inadvertencia, por falso concepto de los términos del problema (claro es que con intención tan sana como la del que más sana la tenga); no hubo reparo en lanzar de sus puestos, aun de aquellos que se debían á la elección popular, á los que fueran afectos a la nueva política y poner la autoridad en manos de las encarnaciones, las personificaciones más caracterizadas de la política misma que se había querido enmendar. Así sucedió que una insurrección incipiente y raquítica, bien pronto se convirtió en incendio y corrió de punta á punta toda la isla de Cuba. *(Muy bien.)*

La continuación de aquella obra en que estaban las Cortes ocupadas hacía más de un año; la continuación de aquella obra, de aquella nueva dirección política, ¿no tenía la ventaja de que en todas sus etapas resplandeciese la misma dignidad augusta del Poder soberano, que en plena paz y espontáneamente se había aplicado á deliberar sobre la mejor suerte de sus hijos en Cuba? Pospone la continuación de la obra política, aquella ú otra distinta, al término de la guerra, aunque el término de la guerra fuera la victoria, ¿no quitaba dignidad á las concesiones, no las enervaba quizá para el influjo que debía tener sobre los espíritus? ¿Porqué, pues, se interrumpió, ante el hecho de la insurrección, la obra política empezada en plena paz? ¿Por qué se creyó dogmático y caso de honor fiar tan solo á la acción militar el término del conflicto? ¿No confesaba el discurso de la Corona que los enemigos de la Patria habían ansiado y procurado estorbar las reformas como nocivas á sus designios?

La experiencia de la otra guerra, digo mal, la historia más antigua que la otra guerra, no consentía que nadie dudase de la ingerencia continental en la discordia cubana, y puesto que había de venir la complicación exterior del problema, ¿cómo se desconoció que era la adhesión del pueblo cubano y la lucha de la parte adicta del pueblo cubano contra los insurrectos, el argumento más firme, la correza más impenetrable y limpia contra toda codicia extranjera, contra todo intento de menoscabar nuestra independencia en rotas diplomáticas?

Yo he tenido ocasión de ver en estos años todas las manifestaciones del patriotismo, que, al fin, es un sentimiento y toma algo de la personalidad de donde brota; declaro que no he logrado entender cómo y por qué hay quienes han preferido reportar las concesiones al extranjero á otorgar concesiones á los habitantes mismos de Cuba. *(Muestras de aprobación.)*

Pero, en todo caso, 200.000 hombres, los que fueren, ¿qué han ido? Han ido á acabar la guerra han ido á restablecer la paz, de una de dos mane-

ras, yo no sé que haya otras: ó por victorias, que suponen batallas, hasta ahora no logradas, que nunca debieron ser esperadas, ó extirpando la insurrección por anemia, destruyendo el suelo que pisa, aniquilando la riqueza que cercena para vivir. ¿Y después? Después, ¿cuántos hombres van á quedar en Cuba? Y ese territorio asolado, ¿los vá á sustentar? Y la deuda de la guerra, la anualidad que esa deuda representa, ¿con qué se vá á pagar? Después vendrán las reformas, y las concesiones, y los halagos. ¿No sería mejor abreviar todo lo posible el tiempo de los agravios? (Aplausos) Después se restaurará la riqueza destruida. ¿No sería mejor destruir la menos riqueza posible, en vez de entablar la porfía del estrago con la insurrección misma? (Aplausos)

¿Significa eso que no se deba castigar la insurrección? ¡Ah! No; eso nadie me hace la ofensa de suponerlo. Significa, que en vez del pensamiento cardinal de posponerlo todo á la acción militar y considerar que la acción militar había de resolver á solas el problema, y «después hablaremos», era deber de los Gobiernos y previsión elemental, impuesta por la historia de la insurrección y por todos los datos del asunto, reducir á los límites más estrechos la inevitable acción militar y apresurarse por todos los demás medios á debilitar la insurrección, á enervarla, á lanzar contra ella en defensa de sus haciendas y de sus vidas á los propios hijos de Cuba. (Grandes aplausos.)

El empleo de la acción militar exclusiva implica la contradicción de un medio que obsta al fin; agiganta las dificultades para después de la victoria; suscita mil estorbos á la paz perenne y fecunda que por medio de la guerra se busca. (Muy bien.)

Con todo esto he querido decir, que si bien á mí me pareció naturalísimo el impulso popular de contestar á la agresión armada con la guerra, no hallo explicación para la inadvertencia de haber renunciado las autoridades altísimas que dirigen la política á moderar ese impulso, á templar ese noble arrebato, á prevenir con el consejo la tristeza del desengaño. (Bien.)

Y todavía sería el daño menor, si estas dos políticas que acabamos de ver separadas, una tras otra, la política de la represión militar exclusiva, aplazada todo otro recurso y toda acción política y todo influjo sobre el ánimo de los neutrales ó de los desafectos mismos, y la otra política, que habría buscado en la población cubana el principal apoyo contra los rebeldes alzados en armas; si esas dos políticas hubieran permanecido aquí, en la Metrópoli, separadas, distintas, en pie, cumplidamente personificadas, en tal caso, aquellos á quienes el suceso fuese batiendo las cataratas, se habrían ido sumando á la otra política, y cuando hubiera llegado, como me parece que ha llegado ya la convicción total y definitiva de la imposibilidad de prevalecer por un camino equivocado, existiría el núcleo suficiente de opinión, la fuerza social y política indispensable para realizar la otra política. ¡Entonces el escarmiento nos habría dado su enseñanza, que es amarga, pero es fruto, en vez de darnos el desaliento que enerva y la incoherencia de las voluntades en el hastío de sí mismas! (Muy bien, muy bien.)

Porque no habrá quien crea que solamente para enviar á Cuba poderosos elementos militares y grandes caudales con que sustentar al ejército, se necesita una gran corriente de opinión. En rigor, no hay obra política, por insignificante que sea, que se empiece sin el apoyo de la opinión. No basta la voluntad de quien la intenta, ni su firme convicción; aunque, claro está que, sin la voluntad y sin convicción firme... ¡el mismo perseverar! Mas cuando está él sólo y no le asiste la opinión, pronto es barrido; porque no hay conveniencia del bien público que no agrave algún interés privado, alguna pasión ó algún juicio. Tratándose cuestiones de esta magnitud y estando en medio intereses colectivos tan enormes y sentimientos tan vivos del alma nacional, ¿quién esperará dar un paso sin que surjan grupos ó multitudes inclinadas á la protesta cuando no decididas á la resistencia? Las cuestiones económicas, las cuestiones arancelarias, las cuestiones financieras, las mismas nobilísimas susceptibilidades del Ejército, las concesiones que resulten favorables á aquellos que tan merecido tienen el odio de las madres, de las esposas, de los

hermanos de nuestros soldados; todo eso, ¿no representa fuerzas tremendas que han de embarazar la mano de quien quiera por su sola autoridad y con su sola fuerza servir á su país buscando caminos que hasta ahora temerariamente se dejaron desiertos? (Muy bien)

La opinión pública es necesaria para toda política, aun para aquellos que no se pongan á remolque de ella y no renuncien á la obligación de dirigirla é informarla. ¿Y qué se ha hecho aquí, y qué se hace ahora, para que la opinión colabore á las soluciones que demanda la necesidad pública?

Yo no sé si de propósito habría podido hacerse más para llevar las ideas á la anarquía y las voluntades á la dispersión. El pueblo español, ese pueblo que ha dicho con una sola voz: quiero la integridad de mi patria; y con un sólo corazón: para eso doy todos mis hijos y todas mis haciendas; ese pueblo ha visto un año y medio de vituperar una política que se iniciaba: quince días de entusiasmo hacia esa política; otro año y medio de vituperios después; un salto cien leguas más adelante de esa misma política. (Grandes aplausos.)

A un tiempo ese pueblo español ha visto, la encarnación de la tradicional política antillana, la más viva y más autorizada, entrar á formar el eje del Ministerio y emprender el camino de Cuba la personificación histórica de la política opuesta. Cuando el Ministerio responsable segregaba aquel elemento y el Gobierno adoptaba un lenguaje fronterizo entre la descentralización y la autonomía, enviaba á Cuba el general que se podía considerar más caracterizado representante de la política antigua.

Esa opinión, ahora mismo, después de tantos motivos como la adversidad ha acumulado para ello, no ha logrado oír la confesión ingenua, la confesión clara y para todos perceptible de una equivocación que todo el mundo proclama. Y no se trata al decir esto (sería pequeñez que no puede achacarse nadie), no se trata de la mortificación personal que implique, que no implica ninguna, porque no habrá quien no haga justicia á las intenciones de todos; es que contribuye á desorientar los espíritus y estorba la formación de los núcleos de fuerza social indispensables, ese estado de incertidumbre en que se deja el ánimo de los menos avisados. Todavía hay quien dice que hablar de reformas es malograr éxitos que se suponen próximos; ya no hay quien predique á velas desplegadas lo que hemos estado oyendo predicar años... digo, meses tras meses, porque no ha sido tan larga la adversidad; pero hay quien dice que hablar de reformas es alentar la insurrección, que hablar de una política es debilitar la acción militar, comprometer la inestimable satisfacción moral de la fuerza armada; en una palabra, quien todavía persevera en lo que fué voz general meses atrás. Los convencidos de ello deben proclamarlo y sacar las consecuencias; no deben consentir que decaiga el espíritu público ni se enerve la voluntad popular, ni este desapercibida la Nación para los nuevos sacrificios que exija el porvenir de la campaña. Nadie habla este lenguaje; pero tampoco se confiesa el desengaño, como era menester para que lo viera todo el mundo y para que todo el mundo renunciara á semejante... me atrevería á decir demencia.

Y ¿qué cosa más eficaz puede haber para desorientar los espíritus que la promiscuidad aparente de políticas contrapuestas é inconciliables? Porque, notadlo bien; cuando la política de la represión por el exclusivo vigor de las armas había llegado á su fórmula suprema, á la devastación sistemática del país para quitarle á la insurrección tierra que pisar y elementos con que vivir, en ese instante es cuando la Gaceta publica la Constitución cubana de 4 de Febrero de 1897. Naturalmente, no ya las muchedumbres, aun las personas que han aplicado su atención á este asunto, se pierden en un mar de confusiones, en un laberinto de ideas contradictorias. No es más que aparente la contradicción; ni tiene efectiva realidad, sino una sola política; porque eso de imprimir la Gaceta un decreto, no puede parecer nueva política sino á quien haya entendido que el problema cubano ha de remediarse con conjuros y con fórmulas de magia blanca, negra ó gris. (Risas.)

Reformas. En 1893 hubo un proyecto de reformas y una ley votada en Cortes en 1895; y ¿qué era aquello? Aquello era una pieza de una máquina; aquello era una de las consecuencias de una convicción, etapa de una serie, aquello representa el eje de la política española en Cuba, de que era urgente ir á buscar el corazón y la voluntad de los hijos de Cuba; ello venía detrás de una reforma electoral y debía preparar la reconciliación y la concordia en los asuntos económicos, acerca de los cuales el próximo término del convenio con los Estados Unidos y el unánime clamor contra el régimen comercial y arancelario reclamaban con imperio escabrosas novedades. Pero aquellas reformas, lo escrito en el papel, por sí solo no resolvía nada; atestiguaba un buen propósito, perseguido con acierto ó sin él, si se quiere; nunca era más que un elemento, un medio encaminado, con otros, al fin político que antes dije; una obra emprendida en el seno de la paz, emprendida espontánea y libremente en circunstancias totalmente diversas de las actuales.

La guerra, sus estragos, la presencia más ó menos disimulada de manos extrañas, las incógnitas que se ciernen sobre el ánimo de la población cubana respecto á su porvenir económico y financiero, las llagas que ha abierto la lucha, así en los afectos personales, como en los intereses materiales, todo lo acontecido desde que se desaprovecharon las oportunidades, coloca el asunto en terreno completamente nuevo y distinto, pero nuevo y distinto para requerir una acción mucho más diligente y más intensa, si ha de ser eficaz y ha de existir de veras alguna acción política que coadyuve á la restauración de la paz.

Y ¿qué es lo que pasa? ¿Qué es lo que pasa en Cuba mientras van archivando los Ayuntamientos rurales de España la Gaceta de 6 de Febrero de 1897? (Risas.)

Jamás han pronunciado mis labios una palabra que implique asomo de juicio sobre asuntos militares, sobre operaciones militares. Yo de esto nada sé; presumo que todo se habrá hecho siempre de la mejor manera, y cuando no haya sido de la mejor manera, con la mejor intención; que esto basta para mi respeto, aunque no me haya granjeado el de aquellos que disentían de mí. No temáis que falta, ahora menos que nunca, á este hábito constante. Aislado el problema militar, como ha sido; separado como viene de todos los otros aspectos del problema cubano, yo aceptaré de buen grado (y esto del buen grado me lo habéis de tomar á cuenta de cortesía, porque alguna violación me cuesta decirlo); pero repetiré que acepto de grado el dictamen de quienes reputen buena táctica militar en una guerra civil en el propio país, donde han de volver á la condición de súbditos aun los rebeldes mismos que no paguen con la vida su delito, donde se han de percibir los futuros tributos y fomentar los gérmenes de riqueza, establecer una porfía de aislamiento con los insurrectos á fin de que ellos no puedan sustentarse en el país, rindiéndoles por inanición á expensas de la población leal, reconcentrada, reducida á indigencia, acaso lanzada contra todo su deseo por vías de desesperación. En el mejor caso será este un recurso militar adecuado para combatir á enemigos que no dan la cara, que no presentan ni aceptan combate sino cuando se les deparan superioridades alevosas en lances secundarios. Será una táctica supletoria en la técnica de la guerra, y yo no juzgo al general que, posponiéndolo todo á las conveniencias de la acción militar, la emplea sistemáticamente.

Pero como la guerra jamás se hace en abstracto, ni carece de fin político, al Gobierno responsable que lo presencia y lo autoriza, á ese sí debemos dirigirnos, al menos, para decirle: ¿qué es eso? ¿Afirmas que emprendes una nueva vía política, y que has entrado ya en ella y juzgas buena manera de preparar los ánimos, sumar en el común quebranto á los rebeldes y á los leales, á los peninsulares y á los cubanos, á los que moraban en los campos y á los habitantes de los poblados, arruinándolo todo y sumiéndolo todo en la miseria? ¿Es así como se facilitan las reconciliaciones, y se captan las adhesiones y se lanza á la mayor parte de la isla de Cuba en contra los rebeldes? (Muy bien.)

Aplausos.) ¿Se pretende de aquellos guajiros, de todos aquellos habitantes de Cuba, que por encima de los charcos de sangre y de las ruinas humeantes de sus viviendas, delecteen en la Gaceta de Madrid el decreto de 4 de Febrero de 1897? (Aplausos.)

Dígame en buena hora, dígame con claridad que no se ha creído oportuno ni conveniente variar de sistema, dígame en buena hora que sigue el procedimiento de la guerra con la guerra, que, al cabo, año y medio llevamos de soportarla. Pero no se diga, desorientando totalmente á la opinión, desdiciéndolo todo, inutilizándolo todo y revolviéndolo todo, que están simultaneándose las dos políticas, porque esto no es verdad. (Muy bien.)

Cuando oigo decir, y lo oigo con frecuencia: «Pues la acción militar marcha lentamente; puesto que los insurrectos no dan la cara, y no se logran batallas donde luchar con ellos, porque luchar sería vencerlos... para cuando venga la estación de las lluvias haremos reformas. (Risas). Me acuerdo de aquellos que vivieron en la disipación mientras tuvieron energía física y luego, sin la sincera contrición, que les haría aborrecible su pasado, sin otro móvil que el cansancio, buscan una especie de jubilación al pie de los altares. (Risas.) ¡Que no se en ello quién padece mayor desdoro, si los que toman disfraz de arrepentimiento, ó la piedad que fingien! (Aplausos.)

No; no se trata de dos políticas, de dos conceptos radicalmente diversos, que vienen de los dos polos. Lo uno implica convicción de que en Cuba todo es accidental y secundario, menos buscar el corazón de los habitantes de Cuba, menos buscar la reconciliación con los cubanos, menos hacer para lograrla cuanto parezca necesario, con los brazos abiertos y el corazón levantado, sin glaciales regateos. (Muy bien.) ¿Y lo otro? Lo otro, es á las mismas concesiones, esterilizarlas y degradar el acto de otorgarlas. (Aprobación.)

Pues de esto me duele yo, señores, y voy á concluir, de esto me duele: de que se haya pregonado y adoptado como sistema la abstención de las direcciones políticas que corresponden á las jefaturas de los partidos, sobre todo al Gobierno en general; de que se haya proclamado como regla el que «a multitud dirija en sus trámites asunto tan complejo y delicado como el asunto cubano, de que todavía se esparza sobre la multitud, á quien se transfieren cuidados tan desmedidos, la semilla del excepticismo y de la contradicción, y se haga cuanto humanamente se podría imaginar si hubiese propósito de desorientarla y esterilizar todos sus impulsos. Porque recelo que á la hora en que se reconozca la necesidad de atenerse á una política definida, perseverante y resuelta, no se podrá: hartas dificultades habrá en la manigua y fuera de ella para que la mano que trate de resolver el conflicto necesite, no solo desembarazo, sino apoyo y cooperación eficaz; después de introducir esa confusión y ese caos en la opinión, los gritos de resentimientos exaltados y de intereses acostumbrados á su defensa propia, no tendrán en frente la masa popular, convencida, por serena reflexión, de las exigencias del bien público, mayores y mas dolorosas cuanto más se retarda el remedio; cualquiera que sea el camino que se emprenda, faltarán entonces el punto de apoyo para una obra que ya por sí misma es ardua, pero que después de tanto error y de tanto estrago, presenta gigantescas asperezas. (Muy bien.)

La insurrección cubana no ha tenido nunca personalidad, no ha tenido nunca porvenir posible; no la tendría aunque imaginásemos ausente nuestro gran Ejército; ahora está, además, desmembrada. ¿No ha de estarlo? ¿No ha de estarlo después de tantos episodios heroicos, de tantos elementos de guerra allí acumulados, de tanta lucha y de tanto estrago en el país sobre el cual vive? Ni antes consistió ni ahora consiste la dificultad principal en el vigor de la insurrección; ni antes ni ahora, me ha parecido á mí que radicaba en el suelo cubano la máxima dificultad; no: para mí, la máxima dificultad de la política española, ha de decirlo, no está en el mar de las Antillas, está en los charcos del Manzanares. (Grandes y prolongados aplausos.)



Edición de la tarde

MIERCOLES 31 DE MARZO DE 1897

En uso de un derecho

El *Heraldo de Baleares*, convencido sin duda de que aún cuando quisiéramos no podríamos estar con él a la recíproca fustigando al Conde de Sallent, porque harto le consta que el tal Conde solo es personaje entre los lilliputienses de por acá, dedica al presente todas sus energías á recortar de la prensa conservadora madrileña ministerial *an ráge*, cuanto la bilis, la desesperación ó la venganza estampa en sus columnas por consecuencia del último discurso del señor Maura.

Es natural; contábamos con ello. Un nuevo triunfo de nuestro ilustre jefe, triunfo sensacional, ruidoso, proclamado *urbi et orbi* por la verdadera opinión y lanzado á los vientos de la publicidad por el telégrafo y por los periódicos de modo tan notable y expresivo, había de concitar necesariamente las iras del famoso diario mallorquín, y mucho más ahora que nos hallamos en vísperas de unas elecciones municipales.

Por esto no nos espanta, ni siquiera nos sorprende, la actitud belicosa de el *Heraldo*; por esto al pasar nuestra vista por sus columnas solo una sonrisa sardónica asoma á nuestros labios; por esto ni siquiera hemos querido entretenernos en formular uno y otro día contestación á sus desplantes.

Ya en campañas anteriores, realizó el colega verdaderos imposibles para combatir, no reparando en medios, al señor Maura; imposibles que aparte el camino ganado en el terreno de su propio descrédito, no llegaron á darle resultado alguno positivo.

Hoy que el *Heraldo* arrojó la careta trocando su calificativo de independiente por el ampuloso dictado de órgano conservador ¿cómo era posible que dejase de manifestar mayor brío, detemplanzas mayores, apasionamientos más mezquinos, odios y rencores... todo eso, en fin, que al aparecer el colega en el mundo periodístico constituyó el sello propio, el principal carácter de la personalidad del colega?

No; no era posible. La maurofobia reflejada ya en el primer número del batallador diario mallorquín ha ido en aumento de día en día al contemplar la inutilidad de sus esfuerzos; en aumento han de haber ido también los afanes de sus inspiradores, para aniquilarnos y destruirnos, para anular cuando menos la preponderancia de las fuerzas liberales en la opinión del país.

Estando en la oposición y á pesar de la guerra encarnizada de que fueron víctimas nuestros amigos, 19 122 votos obtuvo el señor Ribot; 18.945 obtuvo el señor Maura, y solo alcanzó 18.784, con todo el auxilio del poder y á costa de violencias, el primer candidato conservador, la ninfa ejería del partido, el mismísimo Conde de Sallent, cuyas excelencias y cuyos colosales prosélitos nos pregona el *Heraldo* todos los días.

Este es el punto de mira verdadero de donde arrancan los ataques, las insidias, las destempladas agresiones, que hoy, mañana y siempre dirige intilmente al señor Maura el diario de la plaza del Hospital.

Y esos ataques, esas agresiones, esas insidias, han de manifestarse en grado máximo cada vez que, como ahora, alcanza el ilustre exministro liberal un señalado triunfo, que aumentando el valimiento de su significación política, hoy ya á todas luces incuestionable, ha de aumentar también su arraigo, su popularidad y sus prestigios.

Así pues, comprendemos, comprendemos, sí, que el diario conservador mallorquín, convertido en vehículo de *La Epoca* y de *El Nacional*—órgano a cual del señor Cánovas y hechura éste del señor Romero Robledo—quiera llevar á sus lectores el convencimiento de que ha sido un traspíe, nada más que un traspíe ó una caída al descubierto la conferencia hermosísima dada por nuestro jefe ilustre en la Asociación de la prensa.

Y es en vano que el diario sallentino oculte cuidadosamente la procedencia de los párrafos que sobre este asunto estampa en sus columnas.

Son en su inmensa mayoría de *El Nacional* y de *La Epoca* periódicos ambos de una parcialidad indiscutible, y lejos de significar una censura, significan un elogio harto expresivo y harto elocuente; porque representan el eco de los desplantes que en las altas esferas del gobierno conservador ha producido la acerba, la durísima, la magistral crítica de su gestión hecha por el orador eximio señor Maura.

¿Porqué no ha hecho lo que nosotros el *Heraldo de Baleares*? Nosotros reflejamos hace pocos días el juicio que acerca del discurso del señor Maura había formulado la prensa, y no circunscribimos nuestro trabajo á la reproducción de lo dicho por este ó el otro periódico liberal; antes al contrario: un lugar obtuvieron en nuestras columnas muchos

de los párrafos leídos en colegas republicanos, independientes... hasta conservadores! Solo *La Epoca* y *El Nacional*—de cuantos diarios hemos visto—fueron excluidos de nuestro número; y lo fueron porque su propia parcialidad no les permitía figurar entre los ecos de la verdadera opinión.

Esta se ha manifestado unánime y decididamente en pró de las ideas sustentadas por el eximio orador mallorquín; *El Nacional* y *La Epoca* y tal vez algun otro periódico militar de tendencias ministeriales más ó menos acentuadas, han sido los únicos que combaten rudamente el último discurso del señor Maura.

Y pretender, como el *Heraldo* hace, que se admita como oro de ley ese doblé fabricado con evidente espíritu de venganza por los antedichos colegas, es ya el colmo de la frescura.

Pero, no importa; siga, siga el diario sallentino su notable labor; en ella está en carácter, y mucho ha de afanarse para llegar á dar cabida en sus columnas á cuanto sobre este tema han dicho y seguirán diciendo sin duda *El Nacional* y *La Epoca*.

Al leer el *Heraldo* quien lo lea sin animadversión ni prejuicios, dirá con nosotros seguramente: respira por la herida; sus desplantes agónicos son para el señor Maura el mejor elogio, y su conducta no otra cosa puede significar que el ejercicio de un derecho á nadie negado todavía: el derecho del pataleo.

Palma

Leemos con sumo gusto en *El Correo*: «El conocido banquero Sr. Martínez ha dirigido al Sr. Maura el siguiente telegrama:

«Palma 27 (9:40 mañana). Reciba mi modesta felicitación por sincero discurso último, permitiéndome declare absoluta conformidad en sus conclusiones prácticas para dominar corazón cubanos.—Pedro Martínez.»

—El vapor *Bellver* que salió ayer tarde de nuestro puerto, ho fondeado á las seis y media de esta mañana en el de Barcelona, sin novedad á bordo.

—Con cargo de carbon mineral fondeó ayer tarde en nuestro puerto el vapor *Bothford*, procedente de Newcastle.

—El Sr. Alcalde impuso ayer dos multas de cinco pesetas á dos sujetos que habían reñido en el *Mollat*.

Telegramas

De los corresponsales de *El Liberal*

Madrid, 31, 4 m.

Los generales Arizon y Sarralde han solicitado el regreso á la Península por enfermedad.

Circulan rumores en la Habana de haber sido muertos, á consecuencia de heridas, los cabecillas Miró, Delgado y Bermudez, este último de enfermedad.

Madrid 31, 4 m.

Se han desmentido los rumores que circularon en la bolsa, de haber aparecido una nueva partida armada en Puerto Rico.

El Gobierno niega que esté estudiando una nueva combinación de gobernadores.

El general Dachambre marcha sobre No-veleta, Cavite viejo y Vinayacan.

Madrid 31, 4 m.

M. Dupuy de Lome ha telegrafiado al general Ahumada pidiéndole le envíe el cadáver del periodista Krosby embalsamado.

El senador Morgan pidió al nuevo Presidente Mackinley, los datos que tenga el gobierno referentes á Cuba.

Dicen de París que el doctor Koch ha publicado en su revista una noticia manifestando haber descubierto una nueva tuberculina contra la tisis, cuyo remedio se considera eficazísimo.

Madrid 31, 10:45 m.

En varios encuentros ocurridos en Cuba, las tropas se apoderaron de 22 depósitos de dinamita, armas y municiones.

Se ha desmentido la noticia de haber aparecido una partida carlista en Alcañiz.

Madrid 31, 10:45 m.

El presidente de la república de los Estados Unidos M. Mackinley, desconfiando de las noticias comunicadas por el cónsul M. Lee, ha enviado á Cuba un comisionado especial para que le de informes exactos del estado de la insurrección en la gran Antilla.

Los cretenses se apoderaron de la fortaleza de Spinalonga.

Reina gran entusiasmo en Grecia.

Perez.

MAURA Y LA PRENSA

No pasa día sin que al leer los periódicos que nos visitan, encontremos en alguno de ellos una manifestación sincera, un elogio entusiasta ó una frase expresiva de admiración y de afecto, inspirados á la prensa por el discurso brillantísimo del señor Maura que publicamos íntegramente en nuestro número de hoy.

Al dar á nuestros lectores el extracto de este discurso, dímosles también una síntesis de las opiniones sobre él emitidas por nueve distintos colegas madrileños, de tendencias políticas diversas y de popularidad indiscutible; ayer encabezamos nuestra edición, con un hermoso artículo de *El Resumen* tratando el mismo tema; hoy pecaríamos de injustos si no dedicásemos también una parte de este número á la reproducción de los siguientes párrafos recogidos de dos periódicos bajo todos conceptos apreciables: *La Iberia* y *La Liga Agraria*.

LA TANDA DE FAMÉLICOS intitula el primero de estos colegas, un artículo, que dice así:

«El discurso del elocuente exministro liberal Sr. Maura, pronunciado en la Asociación de la Prensa, ha sido, como no podía por menos, una horrible cantárida para los hombres del Gobierno, y para los que ayudan á su obra en más modestos puestos.

La sinceridad resplandeció en todos los tonos de la notabilísima oración del Sr. Maura, y esta misma sinceridad ha sido la que más daño ha causado á los conservadores. Tanto, que siguen los periódicos de este partido hablando de algo que el Sr. Maura no dijo, ni tocó incidentalmente en su discurso: la mala administración en la gran Antilla.

Pero era preciso buscar el medio para convenir á la tanda de famélicos, de que no podía darse importancia á la conferencia del ilustre exministro liberal, y se encontró el pretexto inventando lo que no dijo.

Bien claro habló el Sr. Maura al declarar que cerrada la tribuna parlamentaria, á ninguna parte mejor podía acudir que á la tribuna de la Asociación de la Prensa, tornavoz del Parlamento, medio seguro de comunicación directa y eficaz con el público, y campo independiente en donde todas las ideas pueden expandirse.

La política antillana del Gobierno, ha sido sencillamente una rapsodia de cuantos proyectos dejaron preparados otros hombres públicos. Sin vida fija, el Gobierno conservador caminó de fracaso en fracaso, y sólo ha encontrado alguna tranquilidad para su conturbado espíritu, recogiendo partículas de la política liberal, la misma que fué combatida á sangre y fuego por el propio Sr. Cánovas.

La tanda de famélicos no pudo estar conforme y es muy natural, con que se les saque á la vergüenza pública, y se le diga á la opinión quienes son, donde, están y por qué están.

Es lógico que se resuelvan airados contra el que los desenmascara y les señala con el dedo.

Al Sr. Cánovas del Castillo no le ha gustado la conferencia, ni por el fondo de la cuestión, sino por el lugar en donde se ha explanado. Este es un honor que no agradecerá bastante la Asociación de la Prensa.

Si el lugar no era apropiado y esas gravísimas cuestiones sólo debían ser tratadas en el Parlamento, ¿por qué permaneció cerrado por obra y gracia del Sr. Cánovas? ¿Es que teme oír allí más crudezas y más terribles censuras que las salidas de los labios del Sr. Maura? Tal vez el miedo influya mucho, porque á otro golpe como el dado por el señor Maura, la situación conservadora se desmoronaría como montículo de aluvión.

Y tenga presente el Gobierno que hay muchos conservadores que no figuran, por cierto, en la tanda de famélicos, que han felicitado al Sr. Maura, por las grandes verdades que dijo. El marqués de Apezteguía podrá informar más detalladamente al Sr. Cánovas.

En cuanto á que el Sr. Maura haya sido rehabilitado por la política del Sr. Cánovas, creemos que es un cargo de los más duros para el jefe del Gobierno, dirigido por los propios periódicos conservadores; lo primero, porque el Sr. Maura no necesitaba rehabilitarse, ni que le rehabilitaran; y, lo segundo, porque mal se podría hacer esto, cuando el Sr. Cánovas copia la política colonial del Sr. Maura, lo que demuestra que no era tan mala.

Pueden inventar otra cosa los conservadores que dé más juego.»

La Liga Agraria, en su sección «Ultramar» habla también extensamente del discurso del ilustre diputado mallorquín, y dice:

«En los círculos políticos y en la prensa aún se comenta la hermosísima conferencia del señor Maura; jamás discurso alguno ha producido, ni más irritabilidad entre los ministeriales, ni más unanimidad en el aplauso aun entre los más indiferentes al orador. Modelo acabado de elocuencia, el mérito principal de su discurso, con ser tan brillante en la forma, cualidad que siempre distingue á todos los que pronuncia tan distinguido orador, está en su fondo y contenido, que, á nuestro juicio, tienen una importancia extraordinaria.»

Copia luego los párrafos más salientes de las reseñas publicadas por varios colegas intercalando en el escrito sabrosos comentarios que por su mucha extensión no podemos ahora reproducir.

Vean sin embargo nuestros lectores una parte siquiera del artículo inserto en las columnas de *La Liga Agraria*, y juzguen por ella del criterio gene-

ral con notable valentía sostenido por el popular periódico madrileño.

Dice así:

«¿Qué extraño, pues, que conocidos los términos de la conferencia, el Sr. Cánovas se irritara y que de su irritación hiciera partícipe á la prensa ministerial?»

El efecto producido en la situación por el discurso del Sr. Maura, lo revela la actual irritabilidad del director de la contradicción política gubernamental, fustigada enérgica, aunque cortesmente, por el Sr. Maura.

Bien nos ofrecen este testimonio los periódicos ministeriales, en los que se reflejan tan fielmente ciertas impresiones, dedicando columnas enteras, no á hacerse cargo, para rebatirlas, de las justas acusaciones que se dirigieron á los errores que todos conocen, sino estableciendo una especie de competencias y reformismo y en radicalismo avanzado en materia colonial entre el señor presidente del Consejo de Ministros, *non plus ultra* en todos los sentidos de todo lo que se haya hecho, se haga ó se piense hacer en el porvenir en todas las materias á que dedique su altísima atención, y el autor de las primitivas reformas, tan combatidas por aquél.

El fervor con que hoy se acude á la competencia en estas materias, guarda tristísima relación con el abandono en que se dejó la respuesta á la principal acusación del Sr. Maura, que consistía en poner de relieve la anomalía de que un Gobierno haya caminado sin dirección fija, acudiendo á los procedimientos más contrapuestos, inutilizando todos de una vez y confundiendo los con riesgo y perjuicio de sagrados y altos intereses, y el cambio de táctica en la defensa de los ministeriales, que empezaron por deplorar que el Sr. Maura no hubiera insistido enérgicamente en la defensa de sus reformas, para acabar ahora por decir que ella equivalían á la emancipación de la isla de Cuba.

Dice bien *El Tiempo* al apreciar este nuevo record de la prensa ministerial contra el Sr. Maura.

No hay castigo posible—dice—para el que se ha atrevido á censurar cortesmente al único, al colosal, al extraordinario, al hombre providencial, que es infinitamente sabio y poderoso, principio y fin de un período histórico, que comenzó con gloria y acaba con casi pacificaciones y casi sin una peseta.

Afortunadamente para el Sr. Maura—añade— todos estos son los últimos chispazos de ira de un volcán que, al apagarse, se va convirtiendo en hornilla de castañera picada.

El tono, pues, de los artículos de la prensa ministerial contra el Sr. Maura, es la mejor demostración de lo acertado que estuvo en sus juicios y afirmaciones el ilustre orador liberal, aun pecando, como pecó, por exceso de prudencia.

¿Pero para qué defender nadie al Sr. Maura, si su mejor defensa la hizo el propio Sr. Cánovas cuando declaró solemnemente que los insurrectos se habían lanzado al campo ante el temor de que una vez planteadas las reformas no encontrarán eco en aquel país los intentos separatistas?»

Y sobre todo, ¿qué mejor defensa y justificación de la política reformista iniciada por el Sr. Maura, que la conversión del Sr. Cánovas á esa misma política?»

Hasta el silencio prudente—sigue á su vez diciendo *La Liga Agraria*— guardado fidelísimamente por hombres como el Sr. Maura, se explota como argumento en contra suya. Quien devoró en reserva meses y meses las amarguras de una política antillana desastrosa; quien prefirió contener sus ardimientos, á lanzar sus quejas á la plaza pública, al considerar un día al señor Cánovas enamorado de la acción de las armas como exclusiva para dominar la rebeldía cubana; quien al día siguiente ve en la *Gaceta* su obra ampliamente reproducida, calificada el día antes de separatista; quien ha venido observando vacilaciones, rectificaciones, claudicación completa en todo cuanto á política antillana se refiere; cuando ha podido enterarse de que la prensa ministerial le hacía cargos acerbos llamándole débil porque el 94 no supo mantener con energía sus reformas, que hubieran evitado la guerra; cuando estas injusticias y otras se cometían, y cuando su prudencia se venía provocando, ¿cómo dejar de tratar el problema cubano, cuando ya las reformas se habían publicado y cuando la oportunidad se presentaba propicia para romper el silencio, ya que el instrumento parlamentario permanece cerrado?»

El silencio impuesto ayer exigía hoy romperse, y el Sr. Maura lo ha roto para que se difunda una doctrina y se lleven á todas partes los ecos de una idea; y al hablar, hizo el Sr. Maura un discurso de crítica acerba de los actos del poder, condenando aquella España con que el Sr. Cánovas vió ensanchar el conflicto de la guerra cuando aún era tiempo de que produjera su benéfico efecto la obra política para confundir más tarde, pero después de vacilaciones dañosas y contradicciones absurdas en inexplicable promiscuidad, políticas inconciliables.

¿No era todavía hora de hablar con entera franqueza, pero sin arrogancias? ¿No era ya hora de confesarse y de imponer la penitencia? ¿Había de continuar siempre en el silencio? ¿No era bastante el guardado ante las expediciones militares baldías, ante los empréstitos patrióticos, ante las rectificaciones y errores cometidos? ¿O es que no existe en España más que un solo hombre, que ese hombre es intangible y que ante él hay que postarse de hinojos?»

En cuanto á la literatura ministerial empleada contra el Sr. Maura, nada tenemos que replicar, porque ni las frases gordas fueron nunca razones, ni los fangos de las charcas pueden jamás llegar á la altura de los que vivieron siempre alejados de ellos por odio invencible al paludismo.

El Pectoral de Cereza del Dr. Ayer.

Para Resfriados, Tosas, Bronquitis, Mal de Garganta, Romadizo y Tisis Incipiente no hay remedio que se aproxime al PECTORAL DE CEREZA DEL DR. AYER. Calma la inflamación de la garganta, destruye las mucosidades irritantes, suaviza la tos y predispone al descanso. Como medicina casera para casos fortuitos y para el alivio y curación del garrotillo, tos ferina, mal de garganta y todos los desarreglos pulmonales á que están expuestos los jóvenes, es de un valor terapéutico inapreciable.

El Pectoral de Cereza del Dr. Ayer.

Medallas de Oro en las Principales Exposiciones Universales.
Las Píldoras del Dr. Ayer son Purgantes.

Línea de Vapores Trasatlánticos

de Pinillos, Izquierdo y Comp.^a



Salidas fijas para las Antillas, Méjico y Estados Unidos

El 15 de cada mes viaje directo.
El 30 de cada mes para Puerto-Rico, Mayagüez, Ponce, Habana, Santiago de Cuba y Nueva Orleans.

Saldrá el 30 de Marzo el vapor

MIGUEL M. PINILLOS

> > 15 de Abril > > «Cádiz»

Admite carga y pasajeros para dichos puntos y Canarias.

También lo admiten con trasbordo en Veracruz, dando conocimiento directo para Tuxpan, Tampico, Frontera, Laguna, Campeche, Progreso y Coatzacoalcos.

Para más informes dirigirse á los representantes de la Compañía, Sres. Martínez y Planas, San Juan, 20.

Martínez y Planas

Banquero-Comerciantes

Giran Letras sobre todos los puntos de España y principales del Extranjero. Aseguran de riesgos marítimos y de incendios, por cuenta de la gran Compañía Unión Comercial de Londres.

San Juan, 20—Palma de Mallorca

TARIFA de anuncios para los periódicos "Última Hora," "Almudaina," "Heraldo de Baleares," y "Liberal Palmesano,"

Por centímetro cuadrado en 1.ª página	0'08 pesetas
Por > > 2.ª ó 3.ª	0'06 >
Por > > 4.ª	0'04 >

Anuncios mortuorios

Por una esquila tamaño corriente en 1.ª página	15'00 >
Idem, idem, en 2.ª ó 3.ª	10'00 >
Idem, idem, en 4.ª	5'00 >

Tamaños mayores á proporción.

Los suscriptores disfrutarán un 20 por 100 de descuento en cada uno de los periódicos á que estén suscritos.

Anuncios permanentes á precios convencionales.

Centro de anuncios.—Miguel Capó.—Luz, 21

Gran liquidación Cemento de Sóller

de la antigua casa Serrat, por cierre de establecimiento.

7—BRONDO—7

100.000 duros

para colocar sobre hipotecas.—Informes: Centro Anuncios, Luz, 21.

Precios sin competencia

Rápido	1'00 ptas. quintal
Lento	1'00 > >
Portland	2'00 > >

Depósito General "Mollet,"

Administración Socorro 91, tienda

Imp. de B. Rotger

TRATAMIENTO DE LA DIABETES

POR EL

VINO URANADO PÉPSICO

PREPARADO POR

J. Torrens, farmacéutico

El primero y único elaborado en esta forma en toda España, mucho más económico y de mejores resultados que sus similares del extranjero, está preparado con todo esmero por procedimientos científicos bien experimentados y acreditado por un reconstituyente sobradamente enérgico para suprimir la eliminación del azúcar de glucosa en todas las personas afectadas de la enfermedad denominada DIABETES.

Depósitos

En Palma, Centro Farmacéutico.—En Barcelona, Sociedad Farmacéutica Española —En Sóller, Farmacia de J. TORRENS.

BAZAR PALMESANO

Cort 3 y 5 DE LUIS RATIER Cort 3 y 5

Gran surtido de toda clase de calzado á precios muy limitados.

Especialidad en calzado á medida Elegancia y economía

Expendeduría de Tabacos Existencia de toda clase de Timbres Inmenso surtido de Tabaco Habano y Peninsular

Cort, 3 y 5

Cort, 3 y 5

NOTA.—Avisando, pasamos á domicilio á tomar medidas para el calzado.

Todas las enfermedades del

ESTÓMAGO

— É INTESTINOS —

se curan siempre con el

ELIXIR Á LA INGLUVINA GIOL

APROBADO Y RECOMENDADO POR LA R. I. ACADEMIA MÉDICO-FARMACÉUTICA DE BARCELONA

Úsese siempre el ELIXIR INGLUVINA GIOL, en la Dispepsia, Gastralgia, Dolores de estómago, Flatos, Malas digestiones, Inapetencia, Vómitos, Extremamiento, Vientos abdominales, Catarros del estómago, Diarreas, Convalecencias difíciles, Vómitos de las embarazadas, y se obtendrán resultados curativos sorprendentes.

Las notabilidades médicas prefieren el ELIXIR GIOL á cualquier otro preparado para la curación de las enfermedades del Estómago ó Intestinos

Venta al por mayor y menor: FARMACIA GIOL, Fonteta, 31; BARCELONA

Depósito en Palma: Centro Farmacéutico y farmacia de J. Valenzuela y J. Sureda Literas.

LATOS

ya sea catarral ó de constipado, seca, nerviosa, ronca, fatigosa y la llamada vulgarmente de sangre, por fuerte y crónica que sea, se cura ó se alivia siempre con las

PASTILLAS DEL DR. ANDREU

Son tan rápidos y seguros los efectos de estas pastillas que á las primeras tomas se siente ya un alivio que sorprende y anima, el pecho y la garganta se suavizan, se produce la expectoración con facilidad y casi siempre desaparece la TOS por completo antes de terminar la primera caja.

Los que tengan ASMA ó sofocación de cualquier clase, usen los CIGARRILLOS ANTI-ASMÁTICOS que prepara el mismo DR. ANDREU y se lo quitarán al instante. ♦ Los ataques de ASMA por la noche, se calman también al momento con sus PAPELES AZOADOS; basta quemar uno dentro de la habitación para que el enfermo pueda dormir tranquilo toda la noche.

Traslado

D. Pablo Munne, ha trasladado su domicilio en la misma calle de la Merced, núm. 10 esquina Petit. El almacén en la calle del Arco de la Merced, donde se compran trapos y metales viejos.

GRAN FABRICA DE NAIPES

DE Sucesores de Sebastian Comas y Ricart Representantes con depósito para Baleares M. Capó y C.ª — Luz, 21